

TREINTA Y TRES POETAS ÁRABES.

Benedicto Chuaqui acaba de realizar un viaje a las más remotas regiones poéticas de la raza árabe. Cruzó desiertos y oasis y no se preocupó de ver si en este fantástico periplo se encontraba con Tarik, el caudillo famoso o con Mahoma, a quien pudo tal vez encontrar a su regreso. Sin temor al simonun, ni a la embestida salvaje de algunos desalmados beduinos que pudieron sorprenderlo en su búsqueda, siguió camino adelante hasta detenerse en el año 560, para saludar a Antar in Chaddad y entonces reconocer la calidad de poeta de este lejano habitante de la tierra y darnos ahora en pleno siglo XX, este aroma del pasado en la armonía de un verso.

Y vemos que en todas las edades el hombre ha sido siempre igual: el amor, el ensueño, la belleza del mundo, es la única fuente de su inspiración. La armonía surge desde lo íntimo para cantarle a unos ojos o a una boca en que había la miel tan vieja como el mundo, del amor entre el hombre y la mujer. Antar ibn Chaddad lo dice:

La brisa que me abraza tiene bálsamos  
de penetrante jazmín,  
¿Es su aroma acariciante lo que siento  
o tu boca perfumada?  
Lo ignora anhelante el corazón.

La rumorosa rama del tamarindo,  
que apenas logro distinguir  
se cimbra en el oasis.  
¿Es su mano que se mueve y que me llama,  
con un suave temblor?

Todos estos hombres de tan remotas edades, manifiestan sus sentimientos en parecida forma, Almoharri, Leyla el Himia-

riat, Abi Nahuas, El Califa al Uazeek, Abi el Atahia, Abdul Malek ibn Ayach, etc.

Pero lo curioso es observar que en los contemporáneos de la poesía árabe se ha mantenido este mismo tono tan peculiar. El desierto, la leyenda o la vida limitada por leyes y religiones restrictivas ¿es la que da este acento a la poesía árabe? No lo sabemos. Pero el carácter de la poesía árabe tiene una entonación inconfundible. Así lo podemos observar en Jean Zalaquet, en Chucrala el Llarr, en Ellías Abi Madi o en Rachid Ayub, dan la impresión de que están siempre recogidos dentro de sí mismo y que sólo a ratos, en ráfagas de luz, la realidad viene a tocarlos.

No hay duda que este trabajo de Benedicto Chuaqui representa un esfuerzo de gran entidad. El pensamiento y la forma, están vertidos de modo que dan la sensación del tiempo y del alma de una raza. Chuaqui, es sin duda, un hombre que trabaja por dar a conocer todo aquello que en su intimidad constituye lo más alto y más caro a sus sentimientos. Realiza en su país de adopción una labor enaltecedora que representa un valioso aporte a la cultura chilena.